

## IV

Maravilloso resulta el ver hasta qué punto una insignificante disputa puede, gracias á la diplomacia y á los periódicos, transformarse en una guerra santa. Cuando en 1856, la Inglaterra y la Francia declararon la guerra á Rusia, fué esto por una razón tan íntima, que aun buscándola con atención en los archivos cuesta gran trabajo el descubrirla... La muerte de quinientas mil personas, el gasto de cinco ó seis mil millones, he ahí las consecuencias de tan obscuro conflicto. En el fondo, no obstante, algún motivo había para aquello. Pero ¡cuán poco confesables! Napoleón III quería, por la alianza inglesa y por una guerra afortunada, consolidar su dinastía y su poder de origen criminal. Los rusos pretendían invadir Constantinopla. Los ingleses querían asegurar el triunfo de su comercio é impedir la supremacía de la Rusia en Oriente. Bajo una forma ú otra, siempre el mismo espíritu de conquista, de violencia.—  
CARLOS RICHEL.

¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre tenga derecho á matarme porque

vive del otro lado del Océano y su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que entre él y yo haya ocurrido nunca nada?—PASCAL.

Los habitantes del planeta terrestre hallan-se todavía en un estado tal de ininteligencia, de estupidez, que en los periódicos de los países más civilizados se ven referidos sencillamente y sin discusión, como una cosa naturalísima, los acuerdos diplomáticos que los jefes de Estado hacen unos con otros, las alianzas contra un supuesto enemigo, los preparativos de guerra. Los pueblos permiten á sus jefes que dispongan de ellos como de un rebaño, y que les conduzcan al matadero, sin sospechar siquiera que la vida de cada individuo es una propiedad personal... Los habitantes de este singular planeta han sido educados en la idea de que hay naciones, fronteras, banderas. Tan débil sentimiento tienen de la humanidad, que este sentimiento desaparece enteramente en cada pueblo ante el de la patria. Muy cierto es que, si los espíritus que piensan quisieran entenderse, cambiaría esta situación; porque, individualmente, nadie desea la guerra... Y hay, además, engranajes políticos que hacen vivir toda una legión de parásitos.—CAMILO FLAMMARIÓN.

---

Pregúntese á un soldado, á un cabo, á un sargento, á un subteniente que ha abandonado á sus padres, á su mujer y sus hijos, por qué se dispone á dar muerte á hombres á los cuales no conoce.

En primer lugar, la pregunta le admirará. Es soldado, ha prestado juramento y obedece á sus jefes.

Y si se le dice que la guerra, esto es, el asesinato de los hombres, no concuerda con el mandamiento «*No matarás*», responderá:

—¿Pero qué hacer si se ataca á los nuestros? Es por el zar, es por la religión ortodoxa por lo que me bato.

Uno contestó á mi pregunta:

—Pero ¿y si se ataca á las cosas sagradas?

—¿Cuáles son esas?

—La bandera.

Y si se trata de explicar á tal soldado que el mandamiento de Dios es más importante que la bandera y aun que todo el mundo, se callará, ó se enfadará y denunciará al que así le hable á sus jefes.

Pregúntese á un oficial, á un general, por qué va á la guerra. Responderá que es

militar y los militares son necesarios para la defensa de la patria. Y el hecho de que el asesinato no concuerda con el espíritu de la ley cristiana no le inquietará en lo más mínimo, porque, ó no cree en esta ley, ó si le da crédito, no es á la ley misma, sino á las explicaciones que de esta ley se tiene. Lo principal es que él, como soldado, en lugar de la cuestión precisa: «¿Qué debo hacer?», ponga siempre la cuestión general del Gobierno y el país, diciendo: «Ahora que la patria está en peligro, es menester obrar y no razonar.»

Pregúntese al diplomático, que con sus embustes prepara las guerras, por qué hace esto.

Responderá que el objeto de su actividad es establecer la paz en los pueblos, y que este hecho puede ser conseguido, no por medio de teorías ideales, irrealizables, sino por la actividad diplomática y la preparación para la guerra. Y lo mismo que el militar, en vez de atenerse á la cuestión de su propia vida, alegará la cuestión general, hablará de los intereses de la Rusia, de la mala fe de otros países, del equili-

brio europeo, y no de su vida y de su actividad.

Pregúntese al periodista por qué razón, con sus escritos, excita á los hombres á la guerra. Y responderá que las guerras, en general, son necesarias, y sobre todo la guerra actual. Y apoyarán sus opiniones en frases vagas y patrióticas; y de igual modo que el militar y el diplomático, cuando se le pregunte por qué ellos, periodistas, hombres vivos, obran de tal manera, os hablarán de los intereses de los pueblos, del Estado, de la civilización y de la raza blanca.

De idéntica manera explican su participación en la guerra los que la preparan. Tal vez estén de acuerdo en que sería de desear que la guerra se aboliese; pero también en que ahora esto es imposible, y que por el momento ellos, rusos, que ocupan cierta posición (mariscal de la nobleza, miembro de tal corporación, médico, individuo de la Cruz Roja), son llamados á obrar y no á razonar.

«No es momento á propósito para razonar y pensar en sí propio cuando hay

una grande obra que llevar á cabo», dirán tan satisfechos.

Y esto es lo que á su vez dirá el instigador aparente de toda la obra, el zar. Él también, como el soldado, se admirará al verse interrogado respecto á la necesidad presente de la guerra. Ni aun admitirá la idea de que ésta pueda interrumpirse. Dirá que no puede dejar de llevar á cabo lo que exige de él todo el pueblo; que reconoce que la guerra es una gran calamidad, que está dispuesto á emplear todos los medios para hacerla desaparecer, pero que, en el caso actual, no podría dejar de declararla, ni puede detenerla. «¡Es necesaria para el bien y la grandeza de Rusia!»

Todas estas gentes, á la pregunta «¿Por qué Fulano, Juan, Pedro, Nicolás, que reconoce la obligación de la ley cristiana, la cual prohíbe el asesinato del prójimo y que hasta exige que se le ame, que se le sirva, se permite tomar parte en la guerra, es decir, en la violencia, el pillaje y el asesinato?», responderán que obran de tal manera ó en nombre de la patria y de la religión ó en el del bien futuro de la humanidad; en

general, en nombre de algo abstracto é indefinido.

Además, todos estos hombres están siempre tan ocupados en los preparativos de la guerra, ó por las disposiciones que se han de tomar y las discusiones á propósito del asunto, que, aparte de esto, sólo piensan en descansar de sus trabajos, y no tienen tiempo de ocuparse en razonar acerca de su propia vida, encontrando por otra parte estériles sus razonamientos.

---